

VIII ANIVERSARIO DEL INICIO DEL PONTIFICADO DE SU  
SANTIDAD JUAN PABLO II Y  
DESPEDIDA DE LA CRUZ DE LA EVANGELIZACIÓN DE LA  
AQUIDIÓCESIS DE LA HABANA

*Catedral de La Habana, 26 de octubre de 1986*

Excmo. Sr. Pro Nuncio de Su Santidad en Cuba, Mons. Giulio Einaudi, Excelencias, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático; queridos hermanos y hermanas:

Hace casi justamente dos años, nuestro Santo Padre Juan Pablo II entregaba a los Obispos de cada uno de los países latinoamericanos, que habían acudido a la República Dominicana para representar a sus respectivas naciones, una Cruz de madera semejante a la que hoy preside nuestra celebración. Comenzaba así solemnemente la novena de años que nos conducirá al quinto Centenario de la llegada de la fe cristiana a nuestras tierras.

Hoy, cuando nuestra comunidad diocesana se reúne para dar gracias a Dios por el espléndido Pontificado del Papa Juan Pablo II, pidiendo al Señor que nos lo conserve feliz y lleno de vitalidad, nos proponemos todos: el Arzobispo, los sacerdotes, las demás personas consagradas y los fieles de esta amada Arquidiócesis de La Habana contribuir un poco a la felicidad de nuestro querido Santo Padre con un regalo que no es de «oro ni plata», sino que está hecho de oración, de esfuerzo y de alegría misionera.

Concluimos esta tarde un año de incansable tarea evangelizadora en nuestra Arquidiócesis. La Cruz del V Centenario de la Evangelización ha recorrido todas nuestras iglesias y capillas; los fieles se han congregado en gran número en todas partes. Los enfermos han sido visitados, los sencillos, los pobres han recibido la buena noticia. Sabemos que esto va a alegrar el corazón del Santo Padre que es modelo de evangelizador para toda la Iglesia. Pedimos a Ud., querido Sr. Pro Nuncio, que haga llegar hasta el Papa Juan Pablo II este gozo nuestro que será también suyo.

Pretendemos, así, parecernos, aunque sea pálidamente, a los discípulos de Jesús, que retornaban de sus primeras andanzas y relataban al Maestro «muy contentos» cómo se manifestaba entre ellos la acción de Dios (*Lc 10, 17*).

«En aquel momento, Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos estas cosas que han quedado escondidas para sabios y entendidos» (*Lc 10, 21*).

Sí, el Obispo, los sacerdotes, los religiosos, religiosas y fieles todos de La Habana estamos de regreso de una gran misión y con Cristo alabamos al Padre que ha sido reconocido y adorado por tantos hermanos nuestros «a quienes el Hijo ha querido darlo a conocer» (*Lc 10, 22*).

Los Obispos de Cuba acogimos en Santo Domingo, junto con esta Cruz sencilla y simbólica, el deseo expreso del Papa Juan Pablo II que nos convocaba para una segunda evangelización en nuestras tierras. «Es necesario reevangelizar a la América Latina», decía el Papa al inaugurar esta novena de años que estamos celebrando. Reevangelizar, porque Jesucristo no es un desconocido en nuestros pueblos, pero su nombre y su palabra deben resonar de nuevo en los oídos y en los corazones de los hombres y mujeres que integran la población de un continente predominantemente joven.

Los gestos y actitudes que marcan la vida de los latinoamericanos, también de los cubanos, con tantos rasgos de amor sacrificado, de servicio desinteresado, de preocupación por la justicia y la verdad, deben reencontrar las fuentes de agua viva donde hunden sus raíces. Es necesario que la memoria cristiana del pueblo se haga clara y explícita, que la fe que se hizo cultura no quede aprisionada en moldes culturales; que la tradición riquísima que constituye nuestra herencia cristiana no sea borrada por falta de aliento vital. Que el culto al Dios verdadero, que es ofrenda de la vida al modo de Jesús, no se cambie por el culto al dinero, al prestigio, al poder o al placer. Muchos riesgos debe afrontar el cristiano para que su fe no sea simple recuerdo desgastado, pura tradición acriticamente aceptada, o comportamiento cultural con matices cristianos realmente presentes pero apenas discernibles. He ahí el gran espacio para la misión.

Con facilidad nos hemos percatado, durante este año misionero, de los diversos elementos presentes en la fe simple de muchos hermanos nuestros. Sorprendidos hemos descubierto un vivo recuerdo o una gran añoranza; una extraordinaria capacidad para transmitir tradiciones y creencias, aun entre los más sencillos, o por parte de los que tienen una fe de un modo u otro sincrética. Pero también en muchos otros, cuya memoria religiosa está aparentemente borrada, descubrimos emocionados el hambre de Dios, el deseo de una paz y una felicidad que se sospecha pueden venir de «alguien» que es más que nosotros.

Con sus creencias y nostalgias, con sus expectativas o con sus temerosos atisbos, el pueblo de nuestra Arquidiócesis de La Habana nos ha devuelto con creces los frutos de nuestro empeño evangelizador. Al recordarnos lo esencial, al repetirnos con lenguaje sencillo y concreto lo que nosotros pensábamos que estaba olvidado, al decirnos su esperanza o contarnos la aceptación serena de sus penas, nosotros también hemos sido evangelizados. Pueden sumarse a este humilde testimonio personal, el de los sacerdotes, las hermanas de distintas Congregaciones y los laicos cristianos de todas nuestras iglesias. Este ha sido tal vez el fruto más preciado del recorrido misionero de la Cruz.

Nuestras comunidades eclesiales, a menudo encerradas en sí mismas y, en algunos momentos más difíciles, enfermas de desesperanza, han comenzado a descubrir el horizonte ancho del Reino de Dios. Hablo con toda intención de Reino de Dios, porque la misteriosa realidad de ese Reino, que Cristo describe a sus discípulos de modos tan variados, nos permite situar adecuadamente a la Iglesia y a los cristianos que en ella se agrupan, con respecto al mundo que nos rodea.

Los católicos no formamos parte simplemente de una institución religiosa canónicamente delimitada, que se contradistingue de su entorno porque los que la integran se someten a sus normas y cumplen sus preceptos.

Un organismo de este estilo es siempre estático y tiende a la autoconservación, practica forzosamente un tipo de proselitismo selectivo y gasta sus energías en el mantenimiento y en el limitado crecimiento de la misma institución, cuyos propios fines parecen coincidir cada vez menos con las aspiraciones y metas de aquellos que no forman parte de ese conglomerado.

De ahí que Cristo envíe a sus discípulos a hacer la experiencia de encontrarse con lo humano concreto que se manifiesta en cada hombre y en cada mujer. Y allí, en las plazas, en las calles, y hoy en el centro de trabajo o de estudio, en el vecindario y aun en el seno del mismo hogar asistimos admirados al descubrimiento de que hay muchos que creen, muchos que esperan una palabra para creer, muchos que buscan, muchos que sufren por

no encontrar, muchos que viven como creyeran, muchos que parecen ya no vivir por falta de esperanza. Y en todos, una sed insaciable de amor y de paz.

Y entonces, con la experiencia religiosa fundamental de sabernos enviados, como Isaías, como Pedro o como Pablo, como Francisco Javier o Vicente de Paúl, captamos que el Reino de Dios está ahí, solo esbozado en ocasiones, explícito y claro, en otras, esperando siempre que una Palabra salvadora lo ponga en evidencia y lo rescate de su ser anónimo. Y de un golpe, con fuerza impetuosa fluyen precisas e iluminadoras, las parábolas de Jesús: el Reino de Dios se parece a una semilla pequeña (*Mt 13, 31*), se parece a un puñado de levadura que una mujer pone en la masa (*Mt 13, 33*); es como una fiesta que el Rey preparó para la boda de su hijo y a la cual terminó por invitar a los paralíticos, a los pobres y a los olvidados (*Mt 22, 1-14*). Es como una finca donde el dueño llama a todos a trabajar y los trata con igualdad (*Mt 20, 1-16*). Es como un hombre que siembra buena semilla en su campo, pero el enemigo le sembró mala yerba (*Mt 13, 24 ss*). Se parece el Reino de Dios a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces... (*Mt 13, 47*).

Los horizontes de este misterioso reino son los de la humanidad, o mejor, los del corazón del hombre. Sus fronteras son las de la libertad humana, sacralmente respetada, por el Creador.

Este reino no se programa, se anuncia y se construye si bien ya está en ciernes en medio de nosotros. Jesús nos invita a levantar los ojos para contemplar los campos listos para la cosecha. Y así las acciones del que trabaja por este reino no son las de ordenar, organizar o calcular, sino las más evangélicas de invitar, sembrar, llamar o recoger.

Invitar sobre todo a los cojos, los ciegos, los pobres y los olvidados.

Sembrar, aunque nazca la cizaña dentro de nuestro trigo.

Recoger, o llamar a todos por igual.

¡Qué lejos estamos del mundo de las estadísticas o del lenguaje obsoleto que se refiere a la «práctica religiosa»!

¡Qué difícil se hacen las reglas de la sociología cuando las coordenadas pasan por la imprevisible libertad del hombre!

¿Cómo calcular lo invisible? ¿Cómo saber la fuerza germinal de la semilla escondida en la tierra? ¿Cómo prever el número, cuando solo se lanza una invitación? y ¿por qué desanimarnos cuando no responden los que tienen el corazón comprometido, si siempre están dispuestos los sencillos, los humildes, los que son realmente libres?, ¿y podemos extrañarnos entonces de encontrar cizaña dentro del trigo? Para proclamar este Reino, para llamar e invitar, para sembrar e insistir, somos pocos, somos un puñado, como la levadura que la mujer echó en la masa.

La Iglesia es pequeña y debe ser humilde como la semilla que se siembra en el silencio. Así queremos reconocernos. Y todo esto, Señor, que ya lo sabíamos, todo esto que el Encuentro Nacional Eclesial Cubano nos propuso proféticamente como estilo pastoral, o sea, encontrar nuestro ser Iglesia en la Misión que Tú nos has confiado, lo hemos experimentado con alegría al paso de esta Cruz y lo reconocemos como don inapreciable de tu amor.

Los invito, pues, a todos, queridos diocesanos, a entrar en la dinámica exaltante del Reino de Dios.

Los que lo anuncian, todos ustedes y yo, queridos hermanos, «no llevan saco ni alforja, ni nada semejante». No vamos pertrechados. No podemos ir llenos de ideas y de proyectos elaborados, ni cercar con prejuicios propios o heredados, ni querer imponer o exigir, sino proponer y animar. Al hacer esto los discípulos de Cristo no trabajamos únicamente en beneficio de la Iglesia, considerada esta como coto cerrado. Esto sería desconocer la «religión de Jesús», porque Su mensaje es transformador de las conciencias y llega por este medio a cambiar las mismas estructuras sociales, apoyando todo lo noble, justo y digno, para desechar lo que no se aviene a nuestra talla humana.

Es necesario despojar los términos de evangelización, misión y anuncio, de una carga, tal vez merecida, de temor al proselitismo, al triunfalismo, a la cruzada.

Lo que Jesús llama Reino de Dios no es un frío concepto exclusivo; es una realidad existente y vital, inclusiva de todo lo bueno, de todo lo realmente humano. Es imposible proclamar el Evangelio, sin hablar de la justicia, del bien, del servicio, del amor. Es también imposible predicar a Cristo sin descubrir lo bueno, lo justo, donde quiera que se encuentre, para apoyarlo y animar a los hombres en sus empeños más nobles. La novedad de Jesús, la que exasperó a los fariseos y molestó a los jefes políticos y religiosos de su pueblo, fue que Cristo no resultaba ser excluyente.

Para él no había samaritanos ni publicanos; él no estaba afiliado al grupo de los fariseos que eran los religiosos más estrictos y cumplidores; a menudo puso como ejemplo en sus parábolas una de estas personas despreciadas por sus formas de pensar o de sentir: el samaritano fue el único prójimo de aquel hombre apaleado por bandidos y a quien un sacerdote y un levita dejaron abandonado.

El publicano rezó mejor que el fariseo. Y en su grandiosa parábola del Rey que viene con sus ángeles al final de los tiempos, este pone en el lugar de honor a muchos que ni siquiera habían oído hablar de él pero que dieron de comer a los hambrientos, vistieron a los desnudos y asistieron a los presos o enfermos. Jesús, al decir de San Pablo, «derribó con su cuerpo el muro que separaba y dividía a los hombres». Nosotros, sus discípulos, si aceptamos tomar su cruz, no tenemos más remedio que seguir los pasos del Maestro. Y así nos hemos propuesto en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano ser «Iglesia sin fronteras, solidaria en el amor».

Pocas horas antes de partir para Cuba, adonde venía con la ilusión, que es hoy casi realidad, de fundar una casa en nuestro país, la Madre Teresa fue interrogada por un periodista: –¿qué es para Usted un comunista? «Un hijo de Dios», –respondió sin dilación la Madre. Esa es la versión actual de una auténtica seguidora de Jesús de cara a las líneas divisorias trazadas obstinadamente por los hombres. Por lo tanto, misión, evangelización y anuncio, para derribar fronteras, para aunar voluntades, para despertar a todos al bien, a la verdad y al amor.

Este es el estilo de Iglesia Evangelizadora que les propone su Obispo al término de este año misionero según el espíritu del ENEC.

Y siguiendo la dinámica del Reino que debemos anunciar y tratar de construir en nuestra Arquidiócesis, estas son las tareas que les propongo para el futuro inmediato. Es evidente que en el Reino de Dios hay privilegiados: los sencillos, los enfermos, los niños.

Ellos deben ocupar un lugar preferente en nuestra acción pastoral. Están vivas en mi mente y serán para siempre imborrables las imágenes de nuestro pueblo levantando en alto las cruces de madera al entrar el Obispo en la iglesia, o tocando dulcemente la Cruz bendecida por el Papa, o besándola con reverencia. Queridos sacerdotes y religiosas, a ese pueblo sencillo debemos llevar la certeza del amor de Cristo.

Queridos cristianos todos, nuestra responsabilidad con respecto a estos hermanos nuestros es tan grande como la gracia que Dios nos ha hecho de conocer a Jesucristo y servirlo.

Los enfermos, los ancianos, los imposibilitados, están entre nosotros para que recordemos los límites de toda existencia humana, para invitarnos a la ofrenda confiada, para enseñarnos con sus vidas, aparentemente ineficaces, a crecer en la auténtica esperanza que rebasa las fronteras del tiempo presente y se abre a la eternidad. La atención a los enfermos y ancianos por parte de los sacerdotes, de las personas consagradas, y de todos los cristianos, no es solo una tarea caritativa de una institución que, entre sus otros quehaceres, se ocupa de los desvalidos; sino la acción propia de quienes, siguiendo a Jesucristo, proclaman un Reino de Amor al cual pertenecen preferentemente «los cojos, los ciegos y los paralíticos», que tienen, por causa de su misma incapacidad, un particular derecho de ciudadanía en este Reino que se nutre de lo olvidado, que crece a partir de lo que no cuenta. Al inclinarse atento ante el lecho del enfermo tiene el sacerdote la experiencia más sublime de su misión.

Y por último los niños, nuestros niños, tan numerosos en las celebraciones al paso de la Cruz, mirando con sus ojos grandes al crucificado... y preguntando ¿quién es?, como si presintieran que ese Jesús, a quien no conocen, tiene un especial interés en que les permitan llegar hasta Él: «dejen que los niños se acerquen a mí». Porque Jesús ha puesto al niño en medio de los adultos como paradigma. «Si ustedes no vuelven a hacerse como niños no podrán entrar en el Reino de Dios».

Nosotros no nos acercamos a los niños pensando solamente en el mañana. En la lógica desconcertante de Jesús, el niño es importante porque es pequeño, como lo es el enfermo por su incapacidad, o el pobre porque nada tiene. No importa lo que será mañana, hoy debe descubrir y vivir él su maravillosa condición de niño y aprender que Dios lo ama y que Jesús lo sitúa en lugar preferente. Ese será el único modo de dejar algunos jalones que le permitan más tarde, en la edad de las preocupaciones o de los desvaríos, volver a ser como cuando era niño y reencontrar la felicidad. En mi recorrido por la Arquidiócesis he hallado muchas iglesias sin catequesis. Nos faltan sacerdotes, nos faltan religiosas que puedan atender debidamente a los niños. Falta también generosidad y espíritu de sacrificio para poder afrontar una tarea que es impostergable. Nunca es más sacerdote el párroco o el rector de una iglesia que cuando él mismo da la Catequesis a los niños. La Catequesis de los niños es también una forma eminente de apostolado seglar» C.T. No debe haber una sola iglesia en la Arquidiócesis, ni una sola capilla donde no exista la Catequesis para los niños. Si los niños faltan en nuestra Iglesia el Reino de Dios se hace irreconocible y nos incapacitamos para predicarlo.

Queridos diocesanos: En el Encuentro Nacional Eclesial nos propusimos ser una Iglesia Evangelizadora. Nuestro consejo diocesano de pastoral optó por esta prioridad.

Ahora, después del recorrido misionero de la Cruz y mi visita Pastoral a toda la Arquidiócesis, les pido que este esfuerzo evangelizador se concentre en los sencillos, en los enfermos y en los niños.

Excelentísimo y querido Sr. Pro Nuncio, en este día de oración por el Santo Padre deseamos ofrecerle también al Papa, por medio de S. E., nuestros futuros esfuerzos evangelizadores.

Quiera Dios que, en fecha no lejana, pueda el mismo Papa Juan Pablo II, en persona, visitar nuestra Iglesia y animarnos en estos empeños.

Así lo pedimos insistentemente al Señor.

Nuestra oración se hace hoy particularmente profunda a escasas horas de la gran reunión de Asís, convocada por el Papa Juan Pablo II, donde altas figuras representativas de todas las religiones de la tierra se congregarán con el Santo Padre para orar por la Paz del mundo.

Unidos al Papa ofrecemos la Santa Eucaristía por el bien y la concordia de todos los pueblos de la tierra.